



ALFONS  
CERVERA

# El sabor del miedo y de las fresas

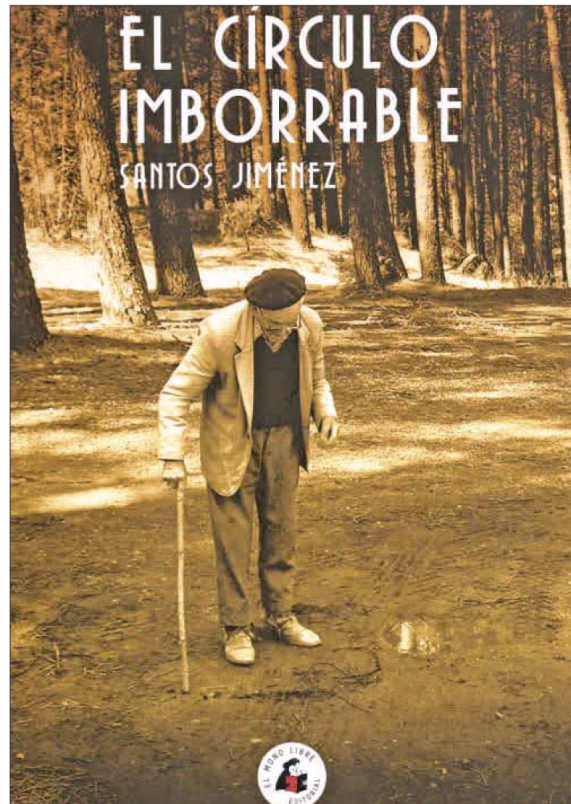
Las voces que cuentan historias pequeñas, como Santos Jiménez en 'El círculo imborrable, esas que no salen en ninguna parte

Desde que se pueden contar las historias del pasado, son muchas las que se han sumado al desmontaje de la versión oficial de ese pasado. La versión oficial a la que me refiero no es otra que la del franquismo. Y lo más lamentable: aún hoy sigue siendo ampliamente aceptada esa versión. Casi medio siglo de democracia ha estado -y muchas veces está- lleno de silencios, de miedos, de no querer escarbar en la tierra por si los herederos de los verdugos levantan la voz contra los herederos de sus víctimas. Y de demasiadas veces, la justicia, la justicia de la democracia, les da la razón a quienes siguen manifestando que fue la República la causante de la guerra en España. Y que quienes defendían la legitimidad republicana se merecían lo peor.

Pero hay algo que ignora -aposta, claro- la versión ahistórica de ese tiempo: el golpe de Estado del fascismo en julio de 1936 que provocó la guerra conocida como la guerra larga. Una guerra que poco a poco iría aumentando sus registros, como se dice en un pasaje de este libro estremecedor que es *El círculo imborrable*: «la guerra grande vomitó una guerra pequeña circunscrita al pequeño redil del pueblo». Lo que ha hecho su autor, Santos Jiménez, es, más que escribir, ponerse a escuchar a quienes fueron testigos de aquel tiempo, unos testigos que, como dice Esperanza Ortega en un prólogo memorable, «han estado acallados durante casi noventa años». Pero a pesar de la edad, a pesar de los años transcurridos, no han perdido fuerza a la hora de contar lo que pasaron, sin retóricas que adomen el relato, con una claridad que resuena como un eco por las trochas hasta ahora inaccesibles del olvido.

Un lugar que es el epicentro de la historia. Sigo con el prólogo: «Ese perímetro tan pequeño -el del Valle del Tiétar; y, en él, el Barranco de las Cinco Villas- y ese periodo de tiempo tan corto -apenas dos meses- podrían ilustrar lo

que fue la Guerra Civil, que duró tres años y recorrió de norte a sur la geografía española». Y dentro de ese perímetro, el pueblo de Cuevas del Valle, que en este libro aparentemente ficcionado, se llama Covalverde. Un recorrido que es como el itinerario del horror a través de un paisaje que será ese territorio moral que es todo paisaje. Y el lenguaje. La expresión de unas gentes que hablan como si la palabra surgiera de las entrañas de la tierra, del surco hendido por las uñas febriles del arado, de esa manera que tienen los sitios pequeños de contarse a sí mismos tal como los parieron, sin la trampa y el cartón de la impostura. Al principio hubo lo que hubo. La violencia que lo alcanza todo, hasta los más escondidos rincones de la vergüenza humana. Pero esa violencia indiscriminada, que tanto gusta a los defensores de la equidistancia cuando hablamos de la historia, duró lo que duró: casi nada. Luego, vino el asentamiento de lo que militares como Mola, Yagüe, Queipo, el mismo Franco, dejaron claro en los primeros momentos del golpismo: el exterminio de quienes no pensaron como ellos. Hay en este libro, que conmueve y llena de rabia al mismo tiempo, palabras de quienes sufrieron la violencia de las milicias republicanas. Pero hay muchas más de quienes se han pasado la vida callando las atrocidades que sufrieron ellos mismos y sus familias por no comulgar con las ideas ni la arrogancia de los vencedores de la guerra.



**El círculo imborrable**  
Santos Jiménez  
El Mono Libre Editorial  
230 páginas. 19,00 euros

Y algo que seguramente es lo que más me ha seducido de *El círculo imborrable*: la voz de las mujeres. Seguramente los capítulos que más me han interesado del libro. Todas eran niñas entonces. Pero nunca se olvidaron de lo que a ellas y a sus madres o abuelas les pasó por ser lo que fueron y hacer lo que hicieron frente a la humillación a que las sometían los nuevos amos de la historia: «Quítale los piojos a estas putas sarnosas -le dijeron al barbero-. El hombre, en silencio, nos cortó el pelo largo con tijeras, y luego, con una maquinilla, lo igualó dejándolo al cero. Cuando estuvimos todas rapadas volvimos a la plaza. Comenzaba allí un recorrido por la misma plaza y luego por la plaza del Río». Una niña y su madre. Es la niña y entonces la que cuenta. Y así, página a página, el recuerdo de una época sumida hasta hace casi nada en el silencio después de tantos años de democracia.

Las voces que cuentan historias pequeñas, esas que no salen en ninguna parte. Eso es *El círculo imborrable* por encima de todas las demás bondades que encontramos en sus páginas. Si no fuera por libros como el de Santos Jiménez esas voces seguirían silenciadas. Como la de esa adolescente a la que le gustaban las fresas y vio cómo sus familiares se iban convirtiendo en carne apaleada: «La gente huye de las guerras, ha huido siempre y huirá de esa peste repudiando a quien las urde. Quien las apoya sufrirá antes o después el castigo de la historia». El sabor alegre de las fresas y la negrura de un

tiempo devastado. La mezcla del horror y la inocencia. La necesidad de que la muerte no acampe a su gusto y se quede como la única forma de mirar y de vivir un paisaje lleno de cenizas. Alguien ha de contar ese paisaje, las vidas que lo fueron llenando en los años del oprobio. Los versos de Luis Cemuda: «Cuando yo muera. ¿El polvo dirá sus alabanzas?». Este libro las dice. Y muy bien dichas, además. Y muy bien dichas.